

# Crónica Literaria

Por  
A L O N E

Nadie negará que empresas de esta clase, llevadas a cabo con método, cada cierto tiempo, contribuirían poderosamente a fijar y esclarecer nuestra historia literaria, proporcionando puntos de mira inapreciables.

Los cuentos recogidos... No diremos que los hemos leído todos hasta el fin; pero todos hemos empezado a leerlos con el decidido propósito de llegar al fin. El hecho de no haberlo conseguido sino dos o tres veces permite, desde luego, sospechar una cosa: los jóvenes cuentistas sienten deseos de contar algo, sufren el noble acicate de la literatura, aman la publicidad y la gloria; a veces, también, probablemente fuera de la honra, aguardarán provecho. La juventud es ilusa. Pero en la mayoría de las veces no poseen lo primero de todo: algo que contar. Eso se les nota en el paso cuando empiezan. Están dispuestísimos a ir; pero no saben con exactitud adónde ni para qué. Y como el arte es una comunicación de estados de ánimo, una especie de contagio mental, una inducción eléctrica, como el lector, por un proceso íntimo, irresistible y misterioso, tiende a tomar y toma el mismo tranco del autor, ocurre que desde las dos o tres palabras iniciales, traspuesta la primera página, cierto invencible desánimo va avanzando una como sensación de estar perdiendo el tiempo.

Y también otra, particularmente incómoda: la de presenciar un espectáculo algo forzado y oír a alguien que no dice todo lo que siente ni todo lo que piensa, acaso porque lo que cuenta y lo que siente es poca cosa.

No son todos.

Hay excepciones notables, incluso notabilísimas.

¿Para qué herir a los otros señalándolas?

El tono general, o sea, lo importante desde el punto de vista de la generación que esta antología representa, nos parece estar ahí: mucha técnica. Todos escriben bastante bien. En eso coincidimos con el antologista. Cultura, inquietud, mucha inquietud; gran dolor de tipo, principalmente, intelectual, no sentimental, amargura, disgusto, a veces horror; pero todo ello sin corriente necesaria, un poco añadido o superpuesto, a mucha distancia de la madurez.

Tanto Lafourcade como los veinticuatro jóvenes se esfuerzan por definir el cuento. ¿Qué entiende Ud. por cuento? Es la pregunta que todos deben contestar, la horca bajo la cual, de buena o mala gana, pasa cada uno antes de entrar a vérsela con el toro. Entre ellas, retenemos una, de Margarita Aguirre: "Un cuento es una mano empuñada, a diferencia de la novela, que es una mano abierta..." He ahí la definición más cerca de la verdad. La novela puede seguir indefinidamente, pueden agregársele sin cesar capítulos y tomos. Las hay de veinte como de cinco o de uno solo. No importa. Todas son novelas. El cuento, no. El cuento necesita imperiosamente un fin. Ha sido hecho para ser contado, no para ser leído. Como el teatro, el cuento supone un auditorio presente al cual sería imposible retener más de dos o tres horas. He ahí su límite. También la base de su técnica. Es, en el fondo, la misma del teatro. El buen cuento no se alimenta sólo de palabras, imágenes, reflexiones y música. Lo admite todo, en síntesis, pero siempre que haya "algo que contar", algo que al que cuenta le interese, no simplemente por contar, por hablar, sino para decir algo.

Sin eso o sin la apariencia de eso, no hay cuento.

Podrá haber un relato, un trozo de vida, una divagación, un poema en prosa, un cuadro de la naturaleza, cuento, guste o disguste: el cuento, el verdadero cuento, se caracteriza, como todo lo del eterno Maupassant porque, desde el primer paso se ve que va a alguna parte y, desde el segundo paso, se ve que avanza hacia allá, y al dar el último, ha llegado allá.

No basta el talento. Cada uno de estos jóvenes lo tiene a manos llenas; sólo les falta lo otro, esa pequeña almendra que da la vida: tener algo que contar.

**En Bolivia se Escribirá una Nueva Historia**  
"Pueblo de historiadores y juristas", como se nos ha llamado, Chile debería mirar con atención particular cuanto sucede ahora en

Bolivia. En vez de eso, mucha gente halla preferible mirar a otra parte, esconder la cabeza en el ala. Se sabe lo ocurrido en el terreno legal. Paz Estenssoro, Presidente constitucional, se vió privado, por la fuerza, del poder. Ni siquiera pudo asumirlo. Pero lo que un golpe le quitó otro se lo devolvió y el Mandatario está en su puesto. Para demostrar su espíritu democrático ha extendido el derecho de voto a los analfabetos, les ha quitado sus tierras a los propietarios, las ha parcelado al mínimo y puesto en manos de los indígenas, con un fusil por título ¿Qué más?

Pero ocurre que el derecho de sufragio a los bolivianos, extensivo a los analfabetos, no hay todavía posibilidad de ejercitarlo, porque el compañero Paz Estenssoro olvida continuamente llamar a elecciones. Hasta ahora omite ese pequeño trámite. Miles de pulgares prontos a listarse en calidad de firmas permanecen listos e inútiles, esperando el día. Más aún. Suprimido el Parlamento, las expropiaciones de tierra se han hecho por simple decreto; suprimida la justicia, a nadie se puede reclamar; ninguna ley tiene, pues, la responsabilidad de que el abatinamiento de la agricultura, traído por la "reforma agraria", haya obligado a Bolivia a recibir de Estados Unidos treinta millones de dólares en alimentos.

A estas novedades constitucionales, judiciales y agrícolas, con su natural derivado económico, agrégase un capítulo de sumo interés: la reforma de la Historia, el establecimiento de lo que podría denominarse "historia dirigida".

He aquí algo cuyo estudio debería abordar nuestra Academia de la Historia.

Véase el admirable decreto que, con fecha 28 de abril último, publicó "El Diario" de La Paz:

"El Poder Ejecutivo ha dictado ayer un importante Decreto Supremo, mediante el cual crea una Comisión Histórica. Su texto dice así:

Victor Paz Estenssoro, Presidente constitucional de la República, Considerando:

Que la Revolución Nacional ha modificado substancialmente la estructura económica de Bolivia, lo que necesariamente se proyecta sobre las dife-